

7 JUNIO 2009
SANTISIMA TRINIDAD



Dt 4.32-34.39-40. El Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro.

Sal 32. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

Rm 8.14-17. Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: "¡Abbá!" (Padre).

Mt 28.16-20. Bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

1. CONTEXTO

Juan Pablo II, en su primer discurso a los obispos latinoamericanos en Puebla, dijo unas palabras de fundamental importancia para nuestra comprensión trinitaria de Dios:

Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia. Pues lleva en sí mismo la paternidad, la filiación y la esencia de la familia que es el amor; este amor en la familia divina es el Espíritu Santo (Puebla, 28 enero 1979)

La afirmación quizás más trascendental del cristianismo sea ésta: en el principio no está soledad del uno, sino la **comunidad** de tres personas eternas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; en el primer principio rige la comunidad. Esta comunidad constituye la esencia de Dios y a la vez la dinámica concreta de cada ser de la creación. Nada existe solamente en sí y para sí, solo se encuentra dentro de un juego de relaciones mediante las cuales todos los seres conviven, existen unos con los otros, por los otros y en los otros.

Las **dificultades** para la vivencia de la fe trinitaria tienen muchas razones; queremos subrayar dos, una de orden político y otra de orden religioso.

En el terreno de lo *político*, somos herederos de un inmemorial autoritarismo político y de una histórica concentración del poder. En la familia es el padre el que detenta el poder. En la política los reyes acumularon en sus personas todos los poderes. Los jefes de tribus o naciones, generalmente, han ejercido el poder de forma autocrática. La ideología que se creó a partir de estos fenómenos políticos enseñaba: *Hay un solo Dios, un solo rey y una sola ley.* Algo parecido a esto es corriente en el discurso religioso: *Al igual que hay un solo Dios, hay también un solo Cristo, una sola Iglesia, un solo representante de Cristo, el papa para el mundo entero, el obispo para la diócesis y el párroco para la comunidad local.* Una forma de organizar la convivencia social basada en el poder en una sola mano o en pocas no crea las condiciones reales para la experiencia de Dios como comunión.

En el campo *religioso* se ha vivido un fenómeno semejante al político. No es raro ver la acumulación del poder real y sacerdotal en una única figura. Los fieles encuentran pocas experiencias concretas de comunión, de participación, de relaciones inclusivas que les permitan concretar su fe en un Dios-Trinidad de personas. Por más que dogma enseñe que el Dios verdadero es la comunión de tres personas, la experiencia común, expresada en el lenguaje, es de una concepción monoteísta de Dios. Cada persona divina es adorada como Dios en sí misma.

Existe una religión del Dios Padre que se puede encontrar en grupos sociales de mentalidad agraria. Como prevalece el patriarcalismo, Dios es representado como el Padre todopoderoso, omnisciente, juez y señor de la otra sentido y se viven sin amargura ni desesperación.

Se da, también, una religión del Dios-Hijo en los estratos modernos en los que predominan las relaciones horizontales y surgen líderes y militantes comprometidos con una gran causa, y donde se valoran las figuras carismáticas que conducen los grupos y mueven las masas. En este contexto emerge la figura de Cristo, venerada como el Maestro, el Hermano, nuestro Jefe y Conductor, como si Cristo fuera todo y no fuera enviado de su Padre y no tuviera el Espíritu para actualizar su mensaje y persona en la historia.

Se da, por último, la religión del Dios-Espíritu Santo, particularmente en los grupos carismáticos, sea en los medios populares o en sectores pudientes de la sociedad. Se valora el entusiasmo, la creatividad espiritual y se respeta el sentido íntimo que cada uno encuentra en su búsqueda interior. En esta experiencia, reconociendo todo lo válido que tiene, prevalece la intimidad en detrimento de la dimensión histórica y de la preocupación necesaria para con los empobrecidos en vista de su liberación real e integral.

¿Cómo se ha revelado la santísima Trinidad?

Primero se reveló en la vida de las personas, en las religiones, en la historia común de los humanos; después se reveló en la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, y, por último, en la manifestación del Espíritu en las comunidades cristianas. A pesar de que los hombres y mujeres nada sabían de la Trinidad, el

Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han habitado siempre la vida de las personas y estaban presentes en todos los procesos históricos. San Ireneo dijo esta frase de gran contenido teológico: *El Hijo y el Espíritu son las dos manos del Padre por las que nos toca, nos abraza y nos moldea a su imagen y semejanza.*

Leonardo Boff. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación. E. Trotta 1990

2. TEXTOS

1ª LECTURA: DEUTERONOMIO 4, 32, 34,39-40

Moisés habló al pueblo, diciendo:

- «Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, palabra tan grande como ésta?; ¿se oyó cosa semejante?; ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?; ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor vuestro Dios, hizo con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos? Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro.

Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre.»

Intenta el autor inculcar la primera palabra del decálogo: “*No tendrás otros dioses frente a mí*” (Dt 5,7) Es un texto para aquellos que vienen del destierro. El Señor no es una momia del pasado, sino un Dios muy cercano a quien podemos ver y palpar, solo necesitamos abrir los ojos y sentir lo que sucede cada día. **Ver, sentir y actuar** no hay otra forma de cercanía al misterio. Israel no medita ideas abstractas sobre Dios sino hechos históricos concretos en los que El intervino. Es en el acontecer diario como se muestra y manifiesta. Y nada de lo que ha acaecido en la historia puede compararse a las gestas del Dios de Israel. El Señor es único y no admite competencia.

También hoy vivimos en el destierro de nuestra verdadera tierra, de nuestro verdadero ser. Hoy también los dioses están presentes en nuestros días. No se encierran en los templos, sino que se acomodan a nuestra vida diaria: el dinero, el deseo de acaparar, el prestigio, el consumo desaforado etc. Y nos viene bien a todos meditar en esta lectura **sobre nuestros dioses, nuestros ídolos**, porque solo tenemos un Señor, no hay otro.

También hoy tenemos que practicar, -ya lo dijimos el domingo anterior-, el **saber ver** (no solo mirar, lo esencial es invisible a los ojos) **el sentir con el corazón abierto** (no solo apetecer) y el **actuar** (no solo desde la barrera).

SALMO RESPONSORIAL: Sal 32

Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R/

La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos, porque él lo dijo, y existió, él lo mandó, y surgió. R/

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R/

Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R/

2ª LECTURA: ROMANOS 8,14-17

Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: « ¡Abba! » (Padre).

Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

Todos los temas principales de la carta se dan cita en este **capítulo 8** formando **una síntesis profunda y apretada**: la fuerza salvadora de Dios, la acción liberadora de Cristo a través de su muerte y su resurrección, el poder del pecado activado por la ley, la permanencia de apetitos desordenados en nuestra existencia de creyentes, la posesión de una nueva vida como primicias de la gloria que esperamos, nuestra condición de hijos de Dios en Cristo a quienes nadie podrá arrebatar el amor eterno del Padre. Y rematándolo todo, dando unidad a todo, la presencia y la acción del Espíritu.

El Espíritu es, sin duda, el protagonista de este capítulo. Lo que en otros lugares Pablo atribuye a Cristo o al Padre, aquí lo asigna al Espíritu. El Espíritu **es el que nos libera** de la ley del pecado y de la muerte, el que hace posible que ya **ahora vivamos una vida nueva**, el que un día hará que compartamos la resurrección de Cristo, el que al hacernos hijos de Dios nos permite llamar a Dios *Padre querido*, el que acompaña y hace eficaz nuestra oración, el que dinamiza nuestra esperanza y la proyecta hacia un futuro de gloria.

La esclavitud y la libertad. ¿No serán estas las claves de nuestra dicha o desdicha?

16-17 *En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.*

Para concluir su evangelio, nos dice Schökel, Mateo compone una escena magistral. En el espacio de cinco versos condensa lo sustancial de su cristología y eclesiología. Este breve final es tan rico que sería verdaderamente difícil decir más y tanto con el mismo número de palabras.

Van a Galilea, como volviendo al comienzo y abandonando Jerusalén, adonde fue solo a morir. Sube a un monte en ascensión simbólica, como cuando lanzó su manifiesto (5-7) o se transfiguró (17). Los once de aquel momento representan a toda la Iglesia; por eso no falta quien dude. Fe y duda: una experiencia psicológica común que da esperanza a los hombres de nuestro tiempo. Ven al resucitado y han de ser sus testigos.

18-20a *Acercándose a ellos, Jesús les dijo: - «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.*

Jesús toma la palabra afirmando su plena autoridad recibida de Dios. En virtud de ella envía a sus discípulos a una misión universal, ya no limitada a los judíos.

El encargo que Jesús encomienda a sus discípulos resume las dos fases de la iniciación cristiana, tal como se realizaba en la Iglesia de Mateo. La primera era la enseñanza. Su contenido eran las palabras de Jesús, que el evangelista ha recogido y ordenado en cinco grandes discursos: el auténtico discípulo debe aprender a ponerlas en práctica. La segunda fase era el bautismo que sellaba la íntima vinculación del discípulo con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

20b *Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»*

Jesús les promete quedarse siempre con ellos. Esta afirmación aparece en otros lugares del evangelio (véase Mt 1,23; 18,20) y expresa la convicción de que el resucitado sigue presente en medio de su Iglesia.

No es casual que el evangelio termine con un envío misionero. La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Las palabras del Señor resucitado: *poneos en camino*, la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de todos los hombres que no conocen el gozo de sentirse hijos de Dios y hermanos entre sí. Para ello cuentan con la presencia constante de Jesús, que estará siempre en medio de ellos.

3. PREGUNTAS...

Cuando nos hablan de la Santísima Trinidad, quedamos desconcertados ante tanto misterio. Queremos saber la fórmula para que sean tres y uno al mismo tiempo, y muchos teólogos han buscado la imagen del Dios fuente-arroyo-río, del Dios raíz-rama-fruto, del Dios fuego-resplandor-calor, para acercarse en imagen a lo que no se puede explicar.

Los cristianos en este día no celebramos un acertijo o un rompecabezas incomprensible, sino una forma de vivir o una experiencia importante: sentimos que nos acompaña siempre el amor de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu.

Es más fácil recurrir a nuestra experiencia personal. **Dios se revela en la experiencia, es un Dios personal.** Y desde pequeños hemos sentido a un Dios que es Padre, que cuida de nosotros, hasta en los pequeños detalles, que nos deja libres para aceptar y vivir en su amor.

Hemos vivido con Jesús la cercanía de ese Dios, **Padre bueno y compasivo.** Sentimos la presencia constante del Espíritu, que nos enseña y recuerda lo que Jesús hizo y dijo, que nos impulsa y fortalece a un mayor compromiso, que nos ayuda a realizar obras humanamente incomprensibles.

Mi oferta en este día es que nos dejemos llenar por esa experiencia fecunda que tenemos de Dios Trino y meditemos lo que Jesús nos dice de Dios y el Espíritu.

Nos dice el evangelista Juan algo muy importante: "A Dios nadie le ha visto jamás, el Hijo único, que estaba al lado del Padre, nos lo ha explicado" (1,18).

¿QUIÉN ES DIOS PARA ÉL?

¿Cómo se sitúa ante su misterio? ¿Cómo lo vive?

Hay algo que se percibe enseguida, escribe Pagola. Jesús no propone una doctrina sobre Dios. Nunca se le ve explicando su idea de Dios. Para Jesús, Dios no es una teoría. Es una experiencia que lo transforma y le hace vivir buscando una vida más digna, amable y dichosa para todos. Lo siente actuando ahora, en el presente. La acción creadora de Dios no es algo del pasado: mientras recorre los caminos de Galilea, él mismo intuye su aliento de vida alimentando a los pájaros del cielo y vistiendo de colores a las flores del campo. Capta la presencia de su Espíritu al curar a los enfermos y al liberar del mal a los poseídos por "espíritus malignos". Y se alegra de que las gentes más sencillas e ignorantes escuchen ahora la revelación del Padre.

La vida entera de Jesús traspasa **confianza**: Jesús vive abandonándose a Dios. Todo lo hace animado por esa actitud genuina, pura, espontánea, de confianza en su Padre. Busca su voluntad sin recelos, cálculos ni estrategias. Su confianza hace de él un ser libre de costumbres, tradiciones o modelos rígidos, su fidelidad al Padre le hace actuar de manera creativa, innovadora y audaz. Su fe es absoluta. Por eso le apena tanto la "fe pequeña" de sus seguidores y le alegra la confianza grande de una mujer pagana.

En medio de su intensa actividad de profeta itinerante cuidó siempre su **comunicación con Dios en el silencio y la soledad**. No se contentaba con rezar en los tiempos prescritos para todo judío piadoso, sino que busca personalmente el encuentro íntimo y silencioso con su Padre. Esta experiencia repetida y siempre nueva, no es una obligación añadida a su trabajo diario. Es el encuentro que anhela su corazón de Hijo, la fuente de la que necesita beber para alimentar su ser. Es una oración espontánea y natural; le nace sin esfuerzo ni técnicas especiales; brota de la profundidad de su ser; no es algo añadido o postizo, sino expresión humilde y sincera de lo que vive. Basta con presentarse ante Dios como hijo necesitados: "Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis". Su oración es confianza absoluta en Dios.

Jesús vive desde la experiencia de **un Dios Padre**. A Jesús le gusta llamar a Dios: "Padre". Le brota de dentro, sobre todo cuando quiere subrayar su bondad y compasión. Lo más original es que lo llamaba *Abbá*, Padre mío querido. Las primeras palabras que balbuceaban los niños de Galilea era: *immá* ("mamá") y *abbá* ("papá"). Esta costumbre de Jesús provocó tal impacto que, años más tarde, en las comunidades cristianas de habla griega, dejaban sin traducir el término arameo *Abbá* como eco de la experiencia personal vivida por Jesús.

Para Jesús, **Dios es una presencia buena que bendice la vida**. La solicitud amorosa del Padre, casi siempre misteriosa y velada, está presente envolviendo la existencia de toda criatura. Lo que define a Dios no es su poder, como entre las divinidades paganas del Imperio; tampoco su sabiduría, como en algunas corrientes filosóficas de Grecia. La realidad última de Dios, lo que no podemos pensar ni imaginar de su misterio, Jesús lo capta como bondad y salvación. **Este Padre bueno es un Dios cercano**. Su bondad está ya irrumpiendo en el mundo bajo forma de compasión. Jesús vive esta cercanía amorosa de Dios con asombrosa sencillez y espontaneidad.

Jesús capta a Dios en medio de la vida y lo capta como presencia acogedora para los excluidos, como fuerza de curación para los enfermos, como perdón gratuito para los culpables, como esperanza para los aplastados por la vida.

Su experiencia de Dios le empuja a desmascarar los mecanismos de **una religión que no está al servicio de la vida**. No se puede justificar en nombre de Dios que alguien pase hambre pudiendo estar saciado; no se puede dejar a alguien sin ser curado porque así lo pide la supuesta observancia del culto. Para el Dios de la vida, ¿no será precisamente el sábado el mejor día para restaurar la salud y liberar del sufrimiento? Una religión que va contar la vida es falsa. Movido por este Dios de la vida, Jesús se acerca a los olvidados por la religión. **El Padre no puede quedar acaparado por una casta** de piadosos ni por un grupo de sacerdotes controladores de la religión. Jesús actúa no con autoritarismo e imposición, sino con fuerza curadora. Libera de miedos generados por la religión, no los introduce; hace crecer la libertad, no la servidumbre; atrae hacia la misericordia de Dios, no hacia la ley; despierta el amor, no el resentimiento. (Pagola. Jesús 303-330)

EL ESPIRITU Y JESUS.

Jesús es el **portador permanente** del Espíritu. La historia de Jesús, su práctica, sus actitudes, su destino, están transidos del Espíritu de forma histórica y palpable.

El Espíritu desciende sobre María porque la criatura que llevará en su seno es obra suya. Desciende sobre Jesús en el Jordán para mostrarle como el elegido para una gran misión. Está sobre Jesús cuando presenta el programa de su misión en la sinagoga de Nazaret. El mismo Jesús capta su presencia al curar a los enfermos y al liberar del mal a los poseídos por "espíritus malignos".

Resucita a Jesús y con él lleva a Dios Padre a los que necesitan conversión y a los alejados.

Lo entrega a los suyos como espíritu de reconciliación y de unidad, vínculo de caridad fraterna, amor que une al amante con el amado, al Padre con el Hijo y a todos los hermanos.

El Espíritu es, por tanto, el amor: no la fuente -el Padre-, ni la acogida -el Hijo-, sino el amor personal, el que uno entrega al otro, el que es recibido y dado.

Hablar, por tanto, de lo que el Espíritu representa para Jesús es hablar de alguien sobre el cual el Espíritu ha descendido en plenitud, sobre el que permanece, en el que habita y descansa porque se encuentra a gusto. Por medio de él se entrega a todos. En Jesús, por tanto, el Espíritu es presencia plena y donación.

Y solo dos reflexiones al hilo de estas vivencias:

- **¿No te parece importante reivindicar hoy, dentro de la Iglesia y la sociedad contemporánea, como decíamos hace unos domingos, el auténtico Dios de Jesús, sin confundirlo con cualquier "dios" elaborado por nosotros desde miedos, ambiciones y fantasmas que tienen poco que ver con la experiencia de Dios que vivió y comunicó Jesús?**
- **Antes de irse Jesús nos dejó una recomendación: "os conviene que yo me vaya para que recibáis el Espíritu Santo". Dicho de otra manera: necesitáis ser adultos, para que viváis en libertad bajo el impulso del Espíritu. ¿No te parece que es hora de abrir puerta y ventanas para captar las luces del Espíritu, las voces del silencio, los guiños y señales de un Dios que nos sorprende cada día y empezar a caminar como discípulos responsables?**

Os dejo una opinión autorizada y certera sobre el Espíritu: la del Patriarca Ignacio IV de Antioquía.

«Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo, y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisoluble, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la carne, Cristo resucitado está aquí, el evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizada».

**Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>**